

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Ludolfo Paramio
M. Reyes Mate
Ramón Vargas-Machuca
Julio R. Aramberry
Santiago Roldán
Miguel Satrustegui

Comité Asesor:

Pedro Altares
Joaquín Arango
Carlos Barral
Carlota Bustelo
J. María Castellet
Fernando Claudín
Elías Díaz
M.A. Fernández Ordóñez
X. Rubert de Ventós
F. Fernández Santos
Salvador Giner
Enrique Gomáriz
J.A. González Casanova
E. Haro Tecglen
Francisco Laporta
Marta Mata
J. Martínez Reverte

Secretaría de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010 Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S.A. - C/. Plaza, 5 - 28043 Madrid.

Realización Gráfica: Carácter, S.A. - C/. Fernández de la Hoz, 60 - 28010 Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



ACTUALIDAD

1

Barón Crespo, Enrique ; Max Gallo ; Enrique Curiel, ; Elena Flores. "El futuro de la Europa". *Leviatán: Revista de hechos e ideas*, 1990, núm. 39, págs. 5-14

EL FUTURO DE EUROPA

Enrique BARON, Max GALLO, Enrique CURIEL, Elena FLORES

Enrique BARON

Los acontecimientos que en los últimos meses se están produciendo en la escena internacional nos permiten hablar de un brusco proceso de aceleración histórica.

Por una parte, los vertiginosos cambios políticos en la Europa central y del Este, con la apertura de sus sistemas políticos y económicos, marcan el final de la época de la posguerra y generan la esperanza de que desaparezcan definitivamente las divisiones en nuestro continente.

Por otra, en el seno mismo de la Comunidad, convertida hoy en auténtico polo de atracción y referencia para esos países,

la realización del Acta Unica y el impulso dado por los Consejos Europeos de Madrid y Estrasburgo al proceso de Unión Económica y Monetaria (UEM) están haciendo avanzar el proyecto de Unión Europea.

Nos enfrentamos, pues, con una doble exigencia —externa e interna— ante la que no caben vacilaciones. Políticamente puede haber alternativas diferentes, pero no irían en el sentido de la Historia. Eliminada hoy por todos la opción basada en la congelación del actual proceso comunitario, por lo que ello supondría de regreso al pasado, la única opción válida es la de la profundización y aceleración de la integración de acuerdo con los obje-

tivos que nos hemos marcado desde los Tratados fundacionales. Si la Historia se acelera, también nosotros debemos acelerar.

Hasta el presente, tanto en la preparación del Acta Unica como en la elaboración de los trabajos sobre la U.E.M., la Comunidad ha optado siempre por una vía pragmática, pero la velocidad de los acontecimientos y la urgencia de respuestas coherentes obligan hoy a ser menos prudentes.

El método que a mi juicio ahora se impone ante el grado de compromiso que se exige a la Comunidad y ante el riesgo de quedar diluidos —aunque sólo fuera por la tentación de algunos países, atemorizados por la evolución del continente, de jugar una carta más nacional— es, a partir de la reflexión compartida, poder llegar a la elaboración de nuevos Tratados que recojan una arquitectura democrática y equilibrada de poderes y contrapoderes, con un armazón institucional a toda prueba.

Siguiendo esta línea, y fruto de la invitación que el Consejo Europeo de Madrid hizo a las instituciones para reflexionar sobre su participación futura en el proyecto de Unión Europea, el Parlamento Europeo en su resolución del 23 de Noviembre debatió y aprobó con amplia mayoría su postura de cara al futuro del avance comunitario, llegando a la conclusión de que la realización de la Unión Económica y Monetaria es imposible sin que a su vez se adopten las medidas necesarias para que las instituciones se adapten a las nuevas realidades políticas y económicas.

A partir de esta reflexión, hemos propuesto, conforme a las indicaciones del Informe MARTIN, aprobado en marzo, y en el marco de la celebración a finales de este año de la Conferencia Intergubernamental para la U.E.M., la convocatoria de

una Conferencia Interinstitucional Preparatoria con la participación de la Comisión, el Consejo y el Parlamento Europeo, que se celebrará probablemente el próximo 16 de mayo, con objeto de elaborar un marco de referencia para la reforma de los Tratados de cara a la Unión Europea.

Tanto la Comisión Europea como algunos Estados miembros han decidido ya su participación. El Consejo Europeo Extraordinario del próximo 28 de abril habrá de pronunciarse al respecto.

La Comunidad Europea y sus Estados miembros —individual y colectivamente— deben aprovechar esta ocasión para influir de manera eficaz y conforme a sus intereses en el curso de las cosas y en la futura arquitectura de la gran Europa. Se abre ahora un gran debate político al que debemos entrar sin temor.

Max GALLO

Los acontecimientos que, en pocas semanas, han conmovido a Europa central y oriental y que son, con sus particularidades nacionales, una prolongación de las transformaciones que se producen en la URSS desde 1984-1985, tienen una importancia histórica considerable. Marcan de forma espectacular y simbólica (el muro de Berlín) el principio de un nuevo período histórico. Señalan, con toda evidencia, que tras una larga fase de «glaciación», de inmovilismo —y de lentos avances en profundidad—, Europa central y oriental se ha vuelto a poner en movimiento. Los pueblos están en las calles y en las plazas.

Es 1789 y 1848 en 1989

Ello significa el fin del orden establecido en la posguerra, el fin de una Europa

dividida. Estos derrumbamientos políticos —y económicos— de los regímenes del «comunismo despótico» confirman el fracaso histórico de sistemas (políticos, económicos, sociales, culturales) nacidos a partir de 1917 y de 1944-45. Ya nada será como antes. Lo cual no quiere decir que la situación actual carezca de peligros.

Alemania, nación dividida en dos Estados, que participa de las dos Europas (oeste y Europa central y oriental), importante potencia económica, cortada en pleno corazón —Berlín— por la guerra fría, vuelve a ser claramente el nudo decisivo del reparto europeo. La reunificación alemana está inscrita en el futuro (Plan Kohl). Para los socialistas franceses —para Francia y para Europa— estos acontecimientos son decisivos. Un modelo se viene abajo: los Doce no son Europa sino una pequeña parte de Europa. Una ilusión supranacional desaparece: las naciones existen.

¿Cuál es el sentido del fracaso del despotismo comunista?

Hay un intento por demostrar que esta renovación de la Historia es de hecho el «fin de la Historia» (Francis Fukuyama, filósofo americano, lo afirma).

El «liberalismo» (el capitalismo) ha ganado gracias a sus valores y sistema de consumo. A partir de ese momento, lo que está en juego con relación a la historia es «menor» ya que el fracaso del comunismo despótico es algo reconocido. La Historia se reduce a la gestión y a partir de ahora se excluye cualquier problemática general.

Existe otra reflexión según la cual «la socialdemocracia» ha podido más que el comunismo (el Partido Comunista Húngaro cambia de nombre. Y el italiano a continuación).

Dos aclaraciones, importantes para la confrontación ideológica:

— el sistema capitalista —desde el momento que se examina a escala mundial— se encuentra marcado por el caos, la explotación, la injusticia, la desigualdad. En ningún caso es un modelo. Admitir el «fin de la Historia» es renunciar a transformarlo. El fracaso del comunismo despótico no puede permitir conducir al triunfo del capitalismo.

— La victoria de los «ideales» socialdemócratas —libertad, pluralismo, democracia, protección social— sobre los «medios» comunistas (dictadura, partido único, represión, terror, burocracia, penuria, etc.) es evidente. Pero si Pléjanov, Rosa Luxemburgo, Jaurès y Blum han tenido «razón» contra Lenin y Stalin, también querían «cambiar la sociedad», y con respecto a este punto sus herederos... tienen mucho que hacer.

Una vez precisado este marco ideológico, habría que reflexionar sobre las «razones» del fracaso del «despotismo comunista» y las enseñanzas que este fracaso aporta a los socialistas y sobre todo con respecto al papel del sentimiento nacional.

Los nuevos problemas que aparecen

Tres constataciones generales:

— los centros de poder se van a multiplicar en Europa;

— precisamente dentro del marco de las «naciones» —este marco que tan a menudo se nos ha presentado como obsoleto— se han producido estas transformaciones. Las naciones viven. Las identidades culturales nacionales son fuertes, tenaces;

— la Comunidad europea de los Doce —en tanto que comunidad que se consi-

dera «política»— no ha desempeñado ningún papel en el proceso de transformación en el Este. Pero cualquier *nación* europea —y en primer lugar Alemania— ha tenido su peso en esta evolución.

Los problemas principales (lista no exhaustiva):

— continuación de la evolución democrática en estos países (y en la URSS). ¿Cómo, bajo qué formas, con qué riesgos? ¿Qué fuerzas políticas? ¿Quiénes serán nuestros miembros asociados?

— ¿va a ser posible teniendo en cuenta que «la situación económica» no acompaña? (inflación y penuria en Polonia o la URSS; endeudamiento, etc.);

— la cuestión clave: reunificación de Alemania. Problema actual o muy lejano? Kohl quiere ir «deprisa». Y la RDA se desmorona más deprisa de lo que pensábamos;

— cuestión de «peso» de Alemania (con o sin reunificación formal). ¿Podemos formar una comunidad «integrada» y supranacional teniendo en el interior 80 millones de alemanes que representan el 50% de la riqueza europea?

— cuestión del lugar que ocupa la URSS en esta Europa: casa común de Gorbachov;

— cuestión de la garantía de las fronteras actuales (líneas Oder-Neisse, que evidentemente plantea la cuestión de la «paz» en Europa y de los esfuerzos necesarios para evitar la deriva y así los conflictos nacionalistas);

— cuestión de los pactos de alianza: pacto de Varsovia y tratado de la OTAN, pacto atlántico. ¿En qué se convertirá la OTAN? En la presencia militar norteamericana en Europa?

— ¿cómo hacer para que Europa... sea Europa (englobando a todas las naciones europeas democráticas)?

— pesos respectivos de Francia y Alemania, que ya no es un «enano político», aunque la reunificación formal se atrase

(derecho de los alemanes a la autodeterminación).

— ¿de qué manera puede influir Francia en la evolución de Europa?

— ¿existe el riesgo de que se vea sometida a un «leadership» alemán (económico y quizás mañana político)? Santo Imperio del capital y Europa alemana.

— ¿qué ocurre con la estrategia defensiva francesa?

Y más en general: ¿cuál puede ser el destino de la Europa de los Doce, ahora que están a punto de surgir nuevas naciones democráticas y que Alemania vuelve a ser Alemania? ¿Qué evolución: una aceleración de la construcción europea? ¿Una ampliación, hacia dónde? ¿Cómo?

Las perspectivas

La Comunidad de los Doce no puede resolver los problemas planteados. La Historia da la respuesta. Contrariamente a las declaraciones oficiales (Jacques Delors) «la Europa de los Doce es algo que no funciona». Lo que funciona es la libre circulación de capitales, la perspectiva de un mercado único, en resumen la «reestructuración de doce países bajo el peso de las transformaciones del capitalismo.

¿Dónde están las políticas comunes dentro del marco de los Doce? ¿Dónde está la Europa «social»?

La Europa de los Doce es la abdicación de lo «político» ante el mercado capitalista. Y así la sumisión de los menos fuertes a los más fuertes; es decir, a la Bundesbank. Pero, sobre todo, las transformaciones en el Este, que restituyen Europa a Europa, convierten en irrisoria cualquier idea de construcción política federal de Doce.

¿Cómo esta construcción (que no ha tenido lugar... durante treinta años) sería capaz de integrar a los nuevos Estados —si efectivamente son democráticos? ¿Cómo, sobre todo, «integrar» dentro de este marco la «cuestión alemana» que modifica, a partir del momento en que hay reunificación (formal o de hecho), todo el equilibrio de la Comunidad (ya coja debido a la potencia alemana)? ¿Cómo garantizar dentro de este marco —en el cual Alemania desempeñaría el papel dominante en todos los planos— las fronteras europeas? ¿De qué margen dispondría Francia para impulsar sus soluciones (aquéllas que desean democráticamente sus ciudadanos)?

La cuestión alemana, por sí sola, convierte en vanos todos los discursos sobre la aceleración de la construcción de los Doce, que se presenta como la respuesta a las revoluciones en Europa central y oriental. Es negar lo real —ya de hecho (plan Kohl, manifestaciones en favor de la reunificación en la RDA)— el hablar de «unión política» de Doce, mientras que el miembro principal —Alemania— está «en mutación». Con todos los problemas políticos, económicos, militares que ello plantea.

Entonces, ¿qué soluciones hay?

En primer lugar un principio: Europa, es la comunidad de naciones de Europa que se reconocen en los valores democráticos, partes constituyentes de la Historia europea.

Luego, una constatación: «No se juega con las realidades nacionales ni con las identidades culturales, la Europa unida tendrá que acordarse de esta lección» (François Mitterrand —23/11/89— en *Paris-Match*).

Finalmente, tres orientaciones:

— el interés de todas las naciones y de todos los pueblos europeos (el interés del mundo) es el desarrollo económico y democrático de las naciones europeas y la

desaparición de las escandalosas desigualdades de nivel de vida entre naciones;

— la paz en Europa pasa por el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los pueblos (y así, del pueblo alemán) y por el respeto de las fronteras, garantizadas por los tratados;

— de esta Europa no se puede excluir a una nación que acepte los principios de la misma.

De ahí, algunas elecciones políticas y económicas:

1. El desarrollo de políticas comunes (tipo Eureka) entre las naciones europeas para tejer una «red» de lazos económicos, sociales, culturales que den cuenta de una de las realidades permanentes de la historia europea: la existencia de «redes» transnacionales en Europa. Ello concierne a todas las naciones europeas.

2. La Comunidad de los Doce sigue siendo un elemento —uno de los más ramificados de estas redes.

3. Sin embargo, el mayor reto consiste en tomar una iniciativa política a la altura de las circunstancias. Podría ser la apertura del Consejo de Europa (jefes de Estado de Gobierno) a todos los Estados europeos que corresponden a los criterios democráticos (pluralismo, política, elecciones libres).

Podría ser la apertura del Parlamento de los Doce a los mismos Estados. El Parlamento se convertiría así en el auténtico Parlamento europeo y la diversidad y la complementariedad europeas encontrarían en él su expresión.

El Consejo de Europa y el Parlamento europeo así reconstituidos representarían la *Comunidad de las Naciones de Europa*, y precisamente esta comunidad sería garante de las fronteras.

Esta perspectiva, paneuropea y confe-

deral, tiene en cuenta la realidad: la alemana, la de Europa central y oriental, la de las instituciones presentes de la CE.

La Comisión de Bruselas ya no sueña con ser un *ejecutivo*, ya que no es elegida ni responsable ante los parlamentos, sino un organismo de puesta en marcha y coordinación de las políticas comunes. El Consejo de Europa representa a la Comunidad de las naciones. Como el Parlamento europeo el lugar de debate entre los pueblos. Las revoluciones en Europa central y oriental obligan a la «apertura» en su dirección, y no, cualesquiera que sean los discursos, al cierre de los Doce. Imaginar que este «cierre» es el medio de «encerrar» a Alemania es la peor de las ilusiones. Ya nacido muerto después del discurso—plan de Kohl.— Equilibrar Europa —y así equilibrar el peso de Alemania— sólo se puede hacer abriendo, devolviendo a Europa a sí misma.

Francia, si quiere conservar la libertad de elegir sus orientaciones políticas, establecer lazos, *libremente*, con todas las naciones europeas —y con los países del Sur—, tendría que tomar la iniciativa de esta nueva perspectiva adaptada al nuevo período histórico que se inicia.

Enrique CUIEL

El hundimiento del modelo llamado del «socialismo real», el final de Yalta, el ocaso de la política de bloques y la superación de una concepción del mundo basada en la confrontación Este-Oeste, implica un cambio estratégico en la situación política mundial que nadie puede ignorar.

El liderazgo de las grandes potencias puede debilitarse y tienden a reaparecer los intereses específicos de un mundo

progresivamente regionalizado. Se ponen de manifiesto los intereses europeos y se extiende la convicción de que europeísmo no es exactamente atlantismo. En este contexto, la personalidad de Europa no depende de su configuración en un tercer bloque, sino que hemos de buscarla en el estímulo de un nuevo modelo de relaciones internacionales y de un diálogo Norte/Sur, fundado en la cooperación y en la superación progresiva de los actuales desequilibrios que caracterizan las relaciones entre el Primer y el Tercer Mundo. Se trata pues de europeizar Europa y de contribuir al diseño del mundo del siglo XXI.

No es casual que la nueva situación transcurra en torno a la propuesta lanzada por Gorbachov de construir una «casa común europea». ¿Cómo podemos ir creando esa realidad? Indudablemente, estableciendo ciertos principios compartidos para que la «casa común europea» se convierta en un hogar conjunto. El propio Brzezinski afirmaba, hace pocos meses, ante la Academia Diplomática Soviética, que «Europa es además, no sólo una realidad geográfica, sino también una realidad cultural y filosófica».

Pero la construcción de este hogar-casa común requerirá grandes cambios institucionales que nos deben servir para dibujar los planos de la nueva construcción. Tres son las cuestiones decisivas que resulta imprescindible abordar para que el proyecto resulte armónico y con los cimientos bien asentados.

En primer lugar, disponer de un modelo socioeconómico homogéneo que supere la actual contradicción entre mercado desregulado y economía planificada y centralizada. Ninguno de los dos sistemas resultan útiles para satisfacer las demandas del futuro. Caminamos hacia una economía mixta en la que la recuperación del *Welfare State* se constituye en referente

definitivo para todos los países europeos, desde el Atlántico a los Urales. Todo indica que superados el thatcherismo librecambista y la asfixia de la planificación burocrática, la referencia de la experiencia socialdemócrata se convierte, inexorablemente, en un punto de encuentro de las fuerzas progresistas europeas. La consolidación de la *perestroika* dependerá, entre otras cosas, de su capacidad para superar las dificultades que se derivan de transformar una economía centralizada y estatalizada en un sistema de mercado que funcione elementalmente. Gorbachov tiene ante sí la difícil tarea de demostrarle al pueblo soviético que el desarrollo de la *perestroika* traerá como consecuencia una elevación en la calidad de vida y un mayor nivel de consumo.

En segundo lugar, resulta necesario resolver los aspectos políticos de la «casa común», definiendo sus límites, estableciendo un amplio consenso en torno a la difícil cuestión de las fronteras y abordando una solución razonable a la difícil cuestión alemana que ha experimentado una gran aceleración tras los resultados electorales de la RDA.

A mi juicio, el proyecto europeo no puede nacer ni contra Bush ni contra Gorbachov. Por consiguiente, parece oportuno considerar que los límites de la «casa común» no se establecerán entre el Atlántico y los Urales, sino entre San Francisco y los Urales. La madurez del proceso europeo exige superar cualquier tentación antinorteamericana, siempre que ellos pierdan el temor a la «fortaleza europea». Tanto por razones comerciales, como políticas y militares difícilmente podríamos construir Europa «contra» los Estados Unidos.

Al tiempo, cabe reiterar que resultaría suicida aprovechar el fin de Yalta y la debilidad manifiesta de la Unión Soviética para «desestabilizar» a Gorbachov y

promover una revisión de las fronteras tal y como quedaron establecidas en 1945. Remover, en las presentes circunstancias, los viejos conflictos de los años treinta convertiría a Centroeuropa en un auténtico polvorín político. Un proceso de esas características podría significar una «balcanización» de la Europa central y, por consiguiente, pulverizar el proyecto de «casa común». En consecuencia, tanto el canciller Köhl como los conservadores de la RDA deben aceptar claramente como definitiva la frontera con Polonia. El nuevo orden político debería resolverse a través de una nueva Conferencia Europea de Seguridad, que reuniese a los 35 países que suscribieron el Acta Final de Helsinki.

Y, por último, las cuestiones de seguridad. El Pacto de Varsovia ha desaparecido. La OTAN requiere una profunda reconversión interna, es decir, convertirse en un foro político cediendo en sus aspectos militares. En este contexto, resulta del máximo interés la alusión realizada por Felipe González en el sentido de reflexionar sobre la elaboración de una «Carta de la Seguridad europea» que afronte la nueva situación. En este supuesto, la OTAN «renovada» podría convertirse en el foro de seguridad de la «casa común». En esas condiciones la Unión Soviética podría y debería participar en ese foro, lo cual sería la prueba definitiva de que en Europa comenzaba una nueva era política, bien alejada del drama de la posguerra.

Elena FLORES

El proceso de reforma y democratización en los países de la Europa central y del Este continúa avanzando a un ritmo vertiginoso. Apenas un semestre después de que contemplásemos absortos el espectacular derrumbamiento de los regímenes comunistas, aquellos que marcaron deci-

sivamente el devenir europeo durante más de cuatro décadas, se habrá completado un nuevo mapa político tras la celebración de elecciones pluralistas en todos los países inmersos en procesos de cambio. A grandes líneas, se puede afirmar que se habrá establecido una legitimación democrática para enfrentar una nueva y, sin duda, difícil etapa caracterizada por la imperiosa necesidad de transformación y reajuste de las distintas economías nacionales y la progresiva consolidación de los recién nacidos sistemas de libertades.

Del mismo modo, el primer semestre del año habrá servido también para distinguir con precisión los riesgos que, para el conjunto de Europa, se derivan de la referida evolución política y, al mismo tiempo, para definir las respuestas que, en especial desde el ámbito comunitario, se deben dar a los importantes retos que nos depara la última década del presente siglo.

Escribo estas líneas tan sólo unas horas después de haber concluido el Consejo Europeo Extraordinario de Jefes de Estado y de Gobierno celebrado en Dublín el 28 de abril donde, a mi juicio, la Comunidad Europea ha sentado las bases para dar solución a las incertidumbres en torno a su propio futuro provocadas por los acontecimientos registrados en la Europa central y del Este en general y, muy en particular, por el denominado proceso de la unificación alemana.

En efecto, la Comunidad Europea ha logrado en la citada reunión definir un modelo de relación estable con las nuevas democracias de la Europa oriental sobre el que habrá que descansar la cooperación política y económica a lo largo de los próximos años, precedente indispensable para dar satisfacción algún día a las aspiraciones de los distintos Estados a ingresar en el ámbito comunitario. Así pues, se han introducido los necesarios elementos de racionalidad política en un proceso

que deberá conducir a la plena unidad de Europa.

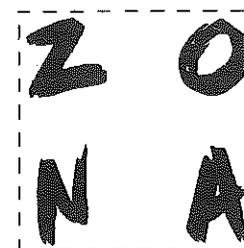
De otra parte, el proceso ya en marcha de la unificación de los dos Estados alemanes, que había provocado los mayores recelos e incertidumbres en torno a la suerte del proyecto de construcción política y económica de Europa, paradójicamente, se ha convertido en un factor dinamizador de la Unidad Europea. En este sentido, podemos concluir en que la velocidad adquirida por el proceso de unificación alemana ha obligado en alguna medida a los gobiernos comunitarios a superar o relegar inercias que obstaculizaban el ritmo de la integración europea y responder con agilidad a los retos que presentan las nuevas realidades. De algún modo, se puede afirmar que esta nueva realidad ha favorecido las posiciones de algunos gobiernos de la Comunidad, entre ellos el español, partidarios de una mayor aceleración en el proceso de la Unión Política Europea.

En el curso de los próximos meses, la Comunidad Europea tendrá que abordar el gigantesco esfuerzo que representa la transformación del conjunto de las relaciones entre los Estados miembros en el marco de la Unidad Europea. Sin embargo, entiendo que la reunión celebrada en el mes de abril en Dublín, ha servido fundamentalmente para que la Europa Comunitaria adopte un impulso decisivo para la construcción de su propio futuro unitario. Destacaría de manera sobresaliente que, en el citado encuentro, los gobiernos comunitarios se han marcado como objetivos inmediatos y prioritarios el reforzamiento de la legitimidad democrática de la Unión Política Europea, proceder a una reforma de las instituciones y la puesta en marcha de una política exterior y de seguridad común.

Si los años ochenta han estado marcados por la capacidad europea para poner

de manifiesto la viabilidad de una política que pudiera hacer frente a la crisis económica, desmintiendo así los más negros augurios que algunos pronosticaban acerca del futuro del continente, los noventa

nos aguardan sin duda repletos de dificultades pero también desde la lucidez y el compromiso imprescindibles para navegar con éxito por este apasionante período de nuestra historia.



Z O
N A

Justicia y libertad:
la posición del marxismo
analítico

Andrés de Francisco
Fernando Aguiar
Gerald A. Cohen
John Roemer
Jon Elster
Philippe van Parijs
Robert van der Veen
Allen Wood



51
52